

Reinaba aún por aquel tiempo en Acolhuacan, Techotlala, ya decrépito, el cual, previendo la cercanía de la muerte, llamó á su hijo y sucesor Ixtlilxochitl, y entre las instrucciones que le dió, le aconsejó que se granjease los ánimos de los señores sus feudatarios, porque podría suceder que Tezozomoc, viejo astuto y ambicioso, que hasta entónces no se había atrevido á dar rienda suelta á sus planes, quisiese conspirar contra el imperio. No eran vanos los temores de Techotlala, como despues veremos. Murió por fin este rey en 1406, despues de un largo reinado, aunque no tanto como dicen algunos autores.¹

IXTLILXOCHITL, REY DE ACOLHUACAN.

Despues de celebradas las exequias reales con las acostumbradas ceremonias y asistencia de los señores feudatarios y jefes dependientes de aquella corona, se solemnizó la exaltacion de Ixtlilxochitl. Entre aquellos personajes se hallaba el señor de Azcapozalco, quien no tardó en descubrir cuán bien lo conocía el rey difunto; pues sin prestar obediencia á su sucesor, se fué á sus Estados para suscitar los ánimos de los feudatarios á la rebelion. Convocó á los reyes de México y de Tlatelolco, y les dijo, que habiendo muerto Techotlala, que por tantos años había tiranizado aquel país, quería poner en libertad á los señores feudatarios, á fin de que cada uno gobernase su territorio con absoluta independencia del rey de Acolhuacan: que para conseguir un fin tan glorioso, necesitaba de sus auxilios, y esperaba de su valor, ya conocido entre todas las naciones, que procurarían ser partícipes de la gloria á que él aspiraba; y á fin de que el golpe fuese más seguro, él haría entrar en la confederacion á otros señores que estaban animados por los mismos sentimientos. Los dos reyes, ó movidos por el miedo de la preponderancia de Tezozomoc, ó por el deseo de aumentar la gloria de sus armas, se ofrecieron á servirlo con sus tropas, y lo mismo respondieron los otros caudillos á quienes dirigió sus proposiciones.

Entre tanto procuraba Ixtlilxochitl arreglar los negocios de su corte y conciliarse los ánimos de sus súbditos; pero reconoció, no sin grave pesadumbre, que muchos de ellos se habían sustraído á su obediencia y habían abrazado el partido del pérfido Tezozomoc: así, para impedir los progresos de sus enemigos, mandó á los señores de Coatlichan, de Huexotla y de otros Estados próximos á su corte, que armasen sin tardanza cuantas tropas pudiesen. El mismo rey quería mandar en persona el ejército; pero lo disuadieron de esta idea sus cortesanos, creyendo más necesaria su presencia en la corte; pues en medio de aquellas turbulencias podrian algunos enemigos ocultos, ó de equívoca fidelidad, prevalerse de su ausencia para apoderarse de la capital y precipitarlo del trono. Fué, pues, nombrado general del ejército, Tochinteuctli, hijo del señor de Coatlichan, y para sustituirlo en caso de su muerte, ó de algun otro accidente, Cuauhxiolotl, señor de Iztapallocan. Escogieron para teatro de la guerra la llanura de Cuauhtitlan, quince millas al Norte de Azcapozalco. Las tropas rebeldes eran más numerosas que las del ejército real, pero éstas eran más disciplinadas. Este ejército, ántes de llegar á Cuauhtitlan, arrasó seis Estados de los caudillos rebeldes, tanto por debilitar á sus enemigos, como por no de-

¹ Torquemada y Betancourt dan 104 años de reinado á Techotlala; lo que ciertamente no es imposible, pero si inverosímil, cuando no hay graves testimonios que lo acrediten, especialmente siendo tan desatinada a cronología de aquellos dos autores.

jar á retaguardia quien pudiese hacerles daño. La guerra fué de las más obstinadas, equilibrándose la disciplina de los Tezcocanos, con el número de los Tepanecas, los cuales en breve tiempo hubieran sido completamente vencidos, si no hubiesen reclutado continuamente nuevas tropas. Los aliados de los rebeldes no cesaban de destacar gruesos cuerpos contra los Estados fieles, seguros de hallar en ellos poca resistencia, por estar congregadas en Cuauhtitlan casi todas las fuerzas de los Tezcocanos. Entre los muchos males que ocasionaron, se cuenta la muerte de Cuauhxiolotl, señor de Iztapallocan, el cual, vuelto del campo de Cuauhtitlan, murió con gloria, defendiendo intrépidamente su ciudad. Vióse por esto obligado el rey de Acolhuacan á dividir sus huestes, destinando para guarnicion de las ciudades una buena parte de la gente que de muchos puntos remotos acudia á su defensa. Tezozomoc, viendo que en vez de las ventajas que aguardaba, cada día se disminuían sus soldados, y que los que sobrevivían llevaban con impaciencia los peligros y fatigas de la guerra, despues de tres años de continua lucha, pidió la paz con intencion de terminar á traicion lo que había empezado á viva fuerza. El rey de Acolhuacan, aunque no podía fiarse del Tepaneca, consintió en lo que se le pedía, sin exigir alguna condicion que lo asegurase para lo venidero, por hallarse sus tropas tan cansadas como las de sus enemigos.

QUIMALPOPOCA, TERCER REY DE MEXICO.

Terminada apenas aquella guerra, ó poco ántes de su conclusion, murió por los años de 1409, Huitzilihuitl, despues de veinte años de reinado, y despues de haber promulgado algunas leyes útiles á la nacion, dejando á la nobleza en posesion de su prerogativa de elegir sucesor. Fué elegido su hermano Quimalpopoca, y desde entónces, segun parece, quedó establecida la ley de elegir uno de los hermanos del rey difunto, ó un sobrino, por falta de hermanos. Esta práctica fué observada constantemente, como lo haremos ver, hasta la ruina del imperio mexicano.

Mientras Quimalpopoca procuraba afianzarse en el trono de México, Ixtlilxochitl vacilaba en el de Acolhuacan. La paz que Tezozomoc le había pedido, era un pretexto para dejarlo adormecer y promover entre tanto con más eficacia sus negociaciones. Cada día crecía su partido y se aminoraba el de Ixtlilxochitl. Vióse, en fin, este desgraciado monarca reducido á tal extremidad, que no creyéndose seguro en su corte, andaba errante en los montes vecinos, escoltado por un pequeño ejército, y acompañado de los señores de Huexotla y de Coatlichan, que le fueron constantemente fieles. Los Tepanecas, para más apretarlo, interceptaban los víveres que se llevaban á su campamento; por lo que tuvo que pedir que comer á sus propios enemigos. ¡Tan fácil es precipitarse de la cúspide de la felicidad humana al abismo de la miseria!

HECHO MEMORABLE DE CIHUACUECUENOTZIN.

Dió, pues, á un sobrino suyo, llamado *Cihuacuecuenotzin*, el encargo de ir á Otompan, una de las ciudades rebeldes, y de rogar á sus habitantes que socorriesen á su monarca con víveres, de que tanto necesitaba, y que abandonasen el partido de los traidores, recordando los antiguos juramentos de fidelidad que

le habían prestado. Bien conoció aquel personaje el peligro de la empresa; pero siendo más poderosas que su temor, la nobleza de sus sentimientos, la fortaleza de su ánimo y la fidelidad á su soberano, se prestó sin dificultad á obedecer sus preceptos. "Voy, señor, le dijo, á poner en ejecución vuestros mandatos y á sacrificar mi vida á la obediencia que os debo. No ignoráis cuánto se han alejado de vos los Otompanecas para unirse con vuestros enemigos. Todas estas tierras están ocupadas por Tepanecas y sembradas de peligros: mi vuelta es demasiado incierta. Mas si perezco en vuestro servicio, y si el sacrificio que os hago de la vida es digno de alguna recompensa, os ruego que protejais á dos hijos tiernos que dejo sin apoyo." Estas palabras, interrumpidas por el llanto de quien las profería, enternecieron el corazón del rey, el cual le dijo al despedirlo: "Nuestro dios te acompañe y te restituya con vida. Quizás á tu vuelta habré yo cedido á esos males que para tí temes; pues, ¿cómo podré escapar de los innumerables enemigos que buscan mi muerte?" Dirigióse inmediatamente Cihuacuecuenotzin á Otompan, y ántes de entrar en el pueblo, supo que habían llegado unos Tepanecas enviados por Tezozomoc á publicar un bando. No por esto se intimidó; ántes bien, con ánimo intrépido llegó á la plaza, donde los Tepanecas habían congregado al pueblo para publicar el bando, y despues de haber saludado cortesmente á todos, expuso francamente el objeto de su embajada.

Los Otompanecas se burlaron de él y respondieron con carcajadas de risa á sus proposiciones; mas ninguno de ellos osó pasar adelante, hasta que hubo un desalmado que le tiró una piedra, y excitó á los otros á que le diesen muerte. Los Tepanecas, que se habían estado quietos, observando en silencio lo que harían los Otompanecas, viéndolos ya abiertamente declarados contra el rey de Acolhuacan y contra su embajador, gritaron: *Muera el traidor!* acompañando estos gritos con pedradas. Cihuacuecuenotzin hizo frente al principio á sus enemigos; pero viéndose oprimido por la muchedumbre, y queriendo salvar la vida con la fuga, fué muerto en medio de un diluvio de piedras. ¡Hombre verdaderamente digno de mejor fortuna! ¡Ejemplo memorable de fidelidad, que los poetas y los historiadores hubieran inmortalizado, si el héroe, en vez de ser americano, hubiera nacido en Grecia ó en Roma!

Los Tepanecas se envanecieron con un hecho tan inhumano y tan contrario al derecho de gentes, y expresaron al pueblo el placer que tendrían en poder asegurar á su dueño, como testigos oculares, de la inviolable fidelidad de los Otompanecas. Dijeron también que venían enviados para intimarles la orden de no dar socorro de ninguna especie al rey de Tezcoco, y para exhortarlos á tomar las armas contra él y en defensa de su propia libertad. El señor de Otompan y los primeros personajes de la nobleza, respondieron que obedecían gustosos la orden del rey de Azcapozalco, y se dispusieron á coadyuvar á sus miras.

MUERTE TRAGICA DEL REY IXTLILXOCHITL Y TIRANIA DE TEZOMOC.

Dióse prontamente aviso de aquel suceso al señor de Acolman, y éste, que era hijo de Tezozomoc, lo puso en noticia de su padre, el cual, creyendo que era llegado el tiempo de poner en ejecución su pensamiento, llamó á los señores de Otompan y de Chalco, en cuya fidelidad tenía más confianza, y cuyos

Estados se hallaban en situación favorable á su intento, y les encargó que armasen en el mayor secreto un ejército numeroso y lo emboscasen en un monte vecino al campamento del rey de Tezcoco: que de allí le enviasen dos capitanes de los más diestros y valerosos, los cuales, con pretexto de comunicar al rey un negocio de gran importancia, procurasen alejarlo cuanto les fuese posible de su gente, y le diesen muerte sin tardanza. Todo sucedió como el malvado príncipe había pensado. Hallábase á la sazón el rey en las cercanías de Tlaxcala: no tuvo la menor sospecha de los dos capitanes que se le presentaron, y cayó incautamente en la asechanza que le habían apercibido. Ejecutóse el atentado á vista del ejército real, aunque á cierta distancia. Acudieron inmediatamente las tropas fieles á castigar á aquellos perversos; pero sobrevino el ejército de los conjurados, que era numeroso, y los derrotó completamente. Apenas se pudo salvar el cadáver del rey para hacerle las debidas exequias, y el príncipe heredero, testigo del trágico fin de su padre, se vió obligado á esconderse entre unas malezas, para sustraerse al furor de sus enemigos. Así acabó sus días el malaventurado rey Ixtlilxochitl, despues de siete años de reinado, en el de 1410.

Dejó muchos hijos, y entre ellos á Nezahualcoyotl, heredero de la corona, cuya madre fué Matlalcihuatzin, hija de Acamapitzin, rey de México.¹

Era este príncipe dotado de gran ingenio y de incomparable magnanimidad, y más digno que ningun otro de ocupar el trono de Acolhuacan; mas por la preponderancia de Tezozomoc, no pudo tomar posesion del trono que por tantos títulos se le debía, sino despues de algunos años de infinitos peligros y contratiempos.

El pérfido Tezozomoc había preparado gruesos cuerpos de tropas, á fin de que, dado el proyectado golpe en la persona del rey, invadiesen las ciudades de Tezcoco, Huexotla, Coatlichan, Coatepec é Iztapalcoan, que habían sido las más fieles á su señor, y las entregasen á las llamas. Los habitantes de aquellos pueblos, que pudieron huir, pasaron los montes y se refugiaron entre los Huexotzingos y los Tlaxcaltecas: todos los otros murieron en defensa de su patria; pero vendieron muy caras sus vidas, pues fué infinita la sangre que se derramó por una y otra parte. Si se investiga la causa de estos desastres, se hallará que no fué otra que la ambicion de un príncipe. ¡Pluguiese á Dios que fuesen ménos frecuentes y ménos violentos en el mundo los estragos de las pasiones! Cuando no se pone freno á las de un monarca ó á las de un ministro, bastan para inundar los campos de sangre humana, parar arruinar las ciudades, para destruir los Estados, y para trastornar toda la tierra.

Satisfecha finalmente la crueldad del tirano con la opresion de sus enemigos, se hizo proclamar rey de Acolhuacan en la ciudad de Tezcoco, concediendo á los que habían tomado las armas contra él, indulto general y permiso de volver á sus casas. Dió en feudo la ciudad de Tezcoco á Quimalpopoca, rey de México, y la de Huexotla á Tlacateotl, rey de Tlatelolco, en premio de los grandes servicios que le habían prestado en aquella guerra. Puso gobernadores fieles á su partido en otros puntos, y declaró la ciudad de Azcapozalco corte y capital de todo el reino de Acolhuacan.

¹ Torquemada dice que Matlalcihuatzin era hija de Huitzilhuítl; pero ¿cómo puede ser esto? Añade que este rey, cuando subió al trono, no tenía más que diez y siete años, que no estaba aún casado, y que reinó veintidos, ó cuando más, veintiseis años. Por otra parte, representa á Nezahualcoyotl, en la muerte de su supuesto abuelo, en edad de poder ir á la guerra y de hacer negociaciones para asegurarse la corona; con que deberá decirse que Huitzilhuítl, ántes de cumplir 26 años de matrimonio, tenía nietos de 20 á lo ménos.

Halláronse presentes á aquella solemnidad, aunque disfrazados, algunos personajes del partido opuesto al tirano, y entre ellos el príncipe Nezahualcoyotl. El dolor y la rabia que éstos sintieron en aquella ocasion, excitaron sus juveniles ardores; y ya iban á precipitarse, cometiendo una accion temeraria, contra sus enemigos, cuando los detuvo un confidente que los acompañaba, representándoles las fatales consecuencias de su arrojo y haciéndoles ver cuánto mejor seria esperar del tiempo una ocasion más oportuna para recobrar la corona y tomar venganza de sus opresores: que siendo ya de edad muy avanzada el tirano, su muerte, que no podría tardar, mudaría enteramente el estado de las cosas: que los pueblos mismos se someterian entónces espontáneamente á sus señores legítimos, excitados por la crueldad y por la injusticia del usurpador. Al mismo tiempo un oficial mexicano de alta graduacion (probablemente Iztcoatl, hermano del rey y general de las armas mexicanas), ó por su propia autoridad, ó por orden del rey Quimalpopoca, subió al templo que en aquella corte tenia la nacion Tolteca, y habló en estos términos al inmenso pueblo que se habia reunido: "Oid, Chichimecas, oid, Acolhuas, y todos los que presentes os hallais: ninguno se atreva á causar el menor daño á nuestro hijo Nezahualcoyotl: nadie permita que se le haga, si no quiere exponerse á un riguroso castigo." Este aviso sirvió de mucho á la seguridad del príncipe heredero, pues todos querian evitar el enojo de una nacion que ya empezaba á inspirar respeto.

Poco tiempo despues, muchos nobles de aquellos que por sustraerse al furor de las tropas tepanecas, se habían refugiado en Huexotzinco y en Tlaxcala, se reunieron en Papalotla, lugar próximo á Tezcoco, para deliberar sobre el partido que debian tomar en aquellas circunstancias; y todos convinieron en someterse á los nuevos señores nombrados por el usurpador, tanto por evitar nuevas persecuciones, como para poderse entregar tranquilamente al cuidado de sus casas y familias.

CARGAS IMPUESTAS POR EL TIRANO.

El tirano, despues de haber satisfecho su ambicion con la usurpacion del reino de Acolhuacan, y su crueldad con los estragos que en aquel territorio habia hecho, quiso tambien satisfacer su codicia con el bienestar de sus súbditos. Impúsoles, además del tributo que en viveres y en ropa pagaban á su rey, otro de oro y de piedras preciosas, sin conocer cuánto se exasperarian de este modo los ánimos, que debería más bien conciliarse con la moderacion y con la suavidad, para asegurar la posesion de un trono fundado en la crueldad y en la injusticia. Los nobles Toltecas y Chichimecas manifestaron deseos de presentarse al rey para hablarle de este asunto. Parecióles excesiva la codicia del tirano, y harto diferente su conducta de la moderacion de los antiguos reyes, sus progenitores. Resolvieron, pues, enviarle dos eminentes oradores, uno Tolteca y otro Chichimeca, á fin de que cada uno de ellos, á nombre de su nacion respectiva, le expusiese enérgicamente el daño que les hacia con aquellas exacciones. Fueron, en efecto, á Azcapozalco, é introducidos á presencia del tirano, despues de una profundísima reverencia, habló primero el Tolteca, por ser más antigua su nacion en aquel país, y le representó los humildes principios de los Toltecas, los trabajos que habian pasado ántes de llegar al esplendor y gloria de que por algun tiempo gozaron, y la miseria á que habian quedado reducidos

despues de su último vencimiento: describió la dispersion lamentable en que Xolotl los habia encontrado cuando llegó á aquella tierra, y recorriendo los anales de los dos siglos siguientes, hizo una patética enumeracion de los desastres que habian padecido, á fin de excitar la compasion del tirano y evitar á sus compatriotas las nuevas cargas que éste les imponia.

Apénas hubo terminado su arenga el Tolteca, tomó la palabra su compañero. "Yo, señor, dijo, puedo hablar con más confianza y libertad. Soy Chichimeca y hablo con un príncipe de la misma nacion, descendiente de los grandes reyes Xolotl, Nopaltzin y Tlotzin. No ignorais que aquellos divinos Chichimecas, vuestros abuelos, despreciaban el oro y las piedras preciosas. La corona que ceñian era una guirnalda de yerbas y flores del campo; el arco y la flecha eran sus adornos. Mantenianse al principio de carne cruda y de vegetales insípidos, y su ropa se componia de la piel de ciervos y fieras que mataban en la caza. Cuando aprendieron de los Toltecas la agricultura, los reyes mismos trabajaban la tierra, para estimular con su ejemplo á sus súbditos. La opulencia y la gloria, á que los alzó despues la fortuna, no ensobreció sus ánimos generosos. Servíanse, como reyes, de sus vasallos; pero los amaban como á hijos, y se contentaban con que reconociesen su superioridad, ofreciéndoles los humildes dones de la tierra. Yo, señor, no os traigo á la memoria estos claros ejemplos de vuestros antepasados, si no es para suplicaros humildemente, que no exijais más de nosotros que lo que ellos exigian de nuestros abuelos." Escuchó el tirano los dos discursos, y aunque lo ofendió la comparacion que habia hecho el último orador, entre él y los reyes antiguos, disimuló su enojo, y despidiendo á los diputados, confirmó la orden publicada sobre los nuevos tributos.

Entretanto, Nezahualcoyotl recorria solícito muchas ciudades, á fin de conciliarse los ánimos y adquirir medios de recuperar el trono. Pero aunque lo amaban sus súbditos y deseaban verlo en posesion del reino, no se atrevian á favorecerlo abiertamente, por miedo del tirano. Abandonáronlo muchos de sus deudos y amigos, y entre ellos su tio Chimalpan y Tecpanecatli, hermano de su segunda mujer, Nezahualxochitl, de la estirpe real de México. Continuando él, sin embargo, sus negociaciones, llegó una tarde á una villa de la provincia de Chalco, perteneciente á una señora viuda, llamada Tziltomiauh. Observó que habia allí una planta de maguey, de que la viuda sacaba vino, no solo para uso de su familia, sino tambien para venderlo; lo cual estaba severamente prohibido por las leyes de los Chichimecas. A vista de esto se inflamó de tal manera en celo por las leyes de sus padres, que sin que contuviese la adversidad de su fortuna ni ningun otro respeto, dió muerte con su propia mano á la viuda delincuente: accion inconsiderada y reprehensible, en que tuvo más parte el ardor de la edad que la prudencia. Hizo gran ruido este suceso en la provincia, y el señor de Chalco, que era su enemigo y habia sido cómplice de la muerte de su padre, procuró con el mayor empeño haberlo á las manos; mas el príncipe, previendo las consecuencias de su atentado, se habia ya puesto en salvo.

MUERTE DEL TIRANO TEZOZOMOC.

Ocho años habia estado Tezozomoc poseyendo tranquilamente el reino de Acolhuacan, pretendido en vano por Nezahualcoyotl, cuando tuvo unos sueños funestos que lo pusieron en gran consternacion. Soñó, pues, que Nezahualcoyotl, trasformado en águila, le destrozaba el pecho y le devoraba el corazon;

y otra vez, que convertido aquel príncipe en leon, le lamia el cuerpo y le chupaba la sangre. De tal modo lo amedrentaron estas trágicas visiones, obra de la conciencia de su injusticia y tiranía, que llamando á sus tres hijos Tayatzin, Teuctzintli y Maxtlaton, despues de haberles expuesto sus sueños, les encargó que diesen muerte cuanto ántes á Nezahualcoyotl, pero con tanto secreto, que ninguno pudiese sospechar el autor de aquel delito. Apénas sobrevivió un año á este suceso. Era tan viejo, que no pudiendo calentarse ni estar sentado, lo tenían cubierto de algodón, en una canasta á guisa de cuna; pero desde esta especie de sepultura, continuaba tiranizando á sus pueblos y pronunciando oráculos de injusticia. Poco ántes de morir, nombró por sucesor á su hijo Tayatzin, y volvió á encargarle la muerte de su enemigo, conservando hasta el último aliento sus perversos designios. Así terminó su larga vida aquel monstruo de ambicion, de perfidia y de injusticia, por los años de 1422, despues de haber tiranizado nueve años el reino de Acolhuacan, y poseido más largo tiempo el Estado de Azcapozalco.¹

Aunque tocaba á Tayatzin, como á heredero del trono, dar las órdenes oportunas para las exequias de su padre, arrogóse aquella autoridad su hermano Maxtlaton, como más atrevido y activo, y empezó desde entónces á mandar con tanta arrogancia, como si estuviese en posesion del trono á que aspiraba, creyendo que no le seria difícil oprimir á su hermano, que era en efecto tímido y poco práctico en el gobierno. Pasó Maxtlaton avisos á los reyes de México y de Tlatelolco, y á otros potentados, á fin de que honrasen con su presencia y con sus lágrimas las exequias de su monarca. Nezahualcoyotl, aunque no convidado, quiso hallarse presente para observar por sí mismo, segun se colige, la disposicion de los espíritus en la corte. Acudió, pues, acompañado de un íntimo confidente y de alguna comitiva, y entrando en la sala de palacio, donde estaba expuesto el real cadáver, encontró en ella á los reyes de México y de Tlatelolco, á los tres príncipes hijos del tirano y á otros personajes. Saludólos uno á uno, segun el orden en que estaban sentados, empezando por el de México, y presentóles ramos de flores, segun el uso de aquel país. Terminados los cumplimientos, se sentó al lado del rey Quimalpopoca, su cuñado, para acompañarlo en su dolor. Teuctzintli, uno de los hijos de Tezozomoc y heredero de su crueldad, juzgando aquella ocasion oportuna de ejecutar el encargo de su padre, se lo propuso á su hermano Maxtlaton; mas éste, aunque con un corazón no ménos inhumano, tenía más prudencia y disímulo. "Aparta, le dijo, de tu pensamiento ese designio. ¿Qué dirian los hombres de nosotros, si nos vieses maquinar la muerte de otro, cuando solo debemos llorar la de nuestro padre. Dirian que no es grave el dolor que deja lugar á la ambicion y á la venganza. El tiempo nos ofrecerá la oportunidad de poner en ejecucion los mandatos de nuestro padre, sin atraernos el odio de nuestros súbditos. Nezahualcoyotl no es invisible: si no se esconde en el fuego, en el agua ó en las entrañas de la tierra, infaliblemente caerá en nuestras manos." Esto acaeció el cuarto día despues de la muerte del tirano, y el mismo día fué quemado su cadáver y enterradas sus cenizas con gran pompa y solemnidad.

¹ Torquemada dice que Tezozomoc fué hijo del primer príncipe Acolhua, dándole por consiguiente un reinado de 160 á 180 años; pero de la arenga del orador Chichimeca se infiere que Tezozomoc descendia de Xolotl, de Nopaltzin y de Tlotzin. La hermana de Nopaltzin se casó con el príncipe Acolhuatzin, y sus hijos eran por consiguiente primos de Tlotzin, hijo de Nopaltzin. Ea todo esto conviene Torquemada. ¿Cómo es posible que un hombre descienda de su primo? El que lea la genealogía de los reyes Chichimecas en la obra de aquel autor, no podrá ménos de echar de ver las equivocaciones que ha padecido.

El día siguiente volvieron á sus ciudades los reyes de México y de Tlatelolco, y Maxtlaton empezó á descubrir con ménos reserva su ambicioso designio de apoderarse del reino, manifestando en su arrogancia y osadía, que estaba dispuesto á emplear la violencia, si no le bastaba la astucia. Tayatzin no tuvo valor para oponérsele, pues conocia su índole arrojada é impetuosa y la ventaja que le llevaba en la costumbre que tenían los súbditos de obedecerlo. Tomó, pues, el partido de ir á México para conferenciar con el rey Quimalpopoca, á quien habia sido recomendado por su padre, sobre un asunto de tanta importancia. Fué acogido por aquel monarca con extraordinarias demostraciones de aprecio; y despues de los cumplimientos de estilo, le dijo Quimalpopoca: "¿Qué haceis, príncipe? ¿no es vuestro el reino? ¿no os lo dejó vuestro padre? ¿Por qué, pues, viéndoos injustamente despojado, no empleais vuestros mayores esfuerzos en recobrar lo que legítimamente os pertenece?" "Poco importan mis derechos, respondió Tayatzin, si no me ayudan mis súbditos. Mi hermano se ha hecho dueño del reino, y no hay quien lo contradiga. Seria temeridad oponerme á su poder, sin otra fuerza que mis deseos y la justicia de mi causa." "Lo que no se logra con la fuerza, replicó Quimalpopoca, se logra con la maña. Yo os sugeriré un medio eficaz de libertaros de vuestro hermano y ponerlos sin peligro en posesion del trono. No habiteis el palacio de vuestro padre, y dad por pretexto que en él se renueva vuestro dolor con la memoria de sus acciones y del amor que os tenía. Decid que quereis edificar otro palacio para vuestra residencia. Cuando esté concluido, dad un espléndido banquete y convidad á vuestro hermano: allí, en medio de la alegría general, os será fácil, con gente secretamente preparada, liberrar á vuestro reino de un tirano, y á vos de un rival tan pernicioso y tan injusto; y para que logreis con más seguridad vuestro intento, yo acudiré á vuestro auxilio con mi persona ó con las fuerzas de mi nacion." A este consejo no respondió Tayatzin sino con una mirada llena de dolor, ocasionada por el amor de su hermano, ó por la perversidad de la accion que se le proponia.

De este suceso fué testigo un criado de Tayatzin, que se habia ocultado en un rincon, desde donde pudo escuchar todo lo que dijeron aquellos dos personajes; y esperando hacer fortuna por medio de la delacion, partió en secreto aquella misma noche para Azcapozalco; fué en derechura á palacio, y obtenida audiencia de Maxtlaton, le reveló cuanto habia oido. Hallóse en aquel instante combatido su ánimo por la cólera, por el temor y por la pesadumbre que en él produjo tan horrible descubrimiento; pero, como político y diestro en ocultar sus sentimientos, fingió despreciar el aviso, y reconvino ásperamente al delator por su temeridad en calumniar á dos personas tan elevadas: aparentó atribuir aquella accion á embriaguez del que se la descubria, y lo mandó á su casa á dormir la borrachera. Pasó toda la noche deliberando sobre el partido que debia tomar, y determinó, finalmente, prevenir los designios que atribuia á su hermano y hacerlo caer en sus redes.

MAXTLATON, TIRANO DE ACOLHUACAN.

En la mañana del día siguiente convocó al pueblo de Azcapozalco, y le dijo: que no pudiendo permanecer en el alcázar de su padre, que pertenecía á Tayatzin, y necesitando tener casa en aquella corte para alojarse en ella, cuando algun grave motivo lo llamase de sus Estados de Coyohuacan, queria que le